



VULGARIDADES.

Hay en la vida social, y sobre todo en la vida vulgar, una porcion de cosillas que pasan por corrientes, lógicas y justas, y, sin embargo, ni uno ni otro son. No merecen que nos ocupemos mucho en ellas, pero sí que enumeremos algunas y hagamos notar lo absurdo que las encontramos apenas las examinamos un poco atentamente.

Es cosa comunísima, y al parecer muy natural, preguntar al amigo á quien se encuentra ó que éste pregunte:

—¿Adónde va V.? ó—¿Adónde se va? ó—¿Qué trae V. por aquí?

Esta pregunta, á pesar de ser tan comun y por ser tan natural, sólo es disculpable por lo maquinalmente que se hace, pues, á no ser por esto, sería una impertinencia tal y tan grosera que autorizaria á contestar:

—Voy adonde me da la real ga-

na, ó—Traigo lo que á V. no le importa un comino.

¿A quién no le ha sucedido alguna vez verse en la necesidad de mentir al hacérsele tal pregunta, porque contestar la verdad hubiera sido peor? En esta necesidad me vi yo una vez que yendo á ver á un perseguido político gravemente enfermo, me encontré con un polizonte conocido que me salió con el—¿Adónde se va?

No parece sino que nuestra lengua es tan pobre de modismos de cajon y nuestro entendimiento tan pobre de ideas, que no se encuentre ni en una ni en otro una frase menos impertinente y descortés que esa para llenar los deberes de la cortesía cuando se encuentra en la calle á un amigo.

El—¿Ha visto V. qué tiempo tenemos? es tonto, pero aun así es

mejor, porque no es grosero é impertinente, que el—¿Adónde se va? ó—¿Qué trae V. por aquí?

Pues no digamos nada de la creencia tan comun, hasta entre las personas más honradas, de que cuando les han *encajado* (¡vaya unas metáforas con que se suele descolgar la lengua castellana!) alguna moneda falsa, estén autorizadas á encajársela á otro.

—A mí me la han encajado, dicen, y nada más natural y justo que yo haga por encajarla.

—Pues no, señor (hay que replicarles), no tiene V. derecho á encajársela á nadie sino al que se la ha encajado. Y si la encaja V. á otro será V. casi tan criminal como el que la falsificó.

—¿Pues qué quiere V. que haga con ella?

—Lo que ha de hacer V. es suponer que ha perdido otra legítima del mismo valor, aguantarse, inutilizarla y abrir el ojo para que no vuelvan á encajarle otra. El que es tonto, ignorante ó descuidado, justo es que pague su tontería, ignorancia ó descuido. Si le han arrimado á V. un garrotazo en hora buena que le devuelva V. al que se le arrimó; pero ¿devolvérmele á mí que nada le debo á V.? ¡No faltaba más!

—Toma, eso es diferente.

—No hay diferencia que valga, y esto y lo otro y lo de más allá, prueba que el vulgo lleva en los talones el criterio y el sentimiento de lo justo, en vez de llevarlos en la cabeza y en el corazón.

¿Pues qué me cuentan VV. de los que creen (y son casi todas las gentes del pueblo) que lo que se encuentra sin dueño es del que lo encuentra?

Lo más que conceden es que si va alguno con el que lo encuentra la ley es que partan por igual. Hasta los chicos de la escuela participan de esta creencia y lo más á que se creen obligados, es á canturrear:

Una cosa me he encontrado,
cuatro veces lo diré,
si su dueño no parece
con ella me quedaré.

Pues no, señor, lo que se encuentra no es del que lo encuentra ni éste puede quedarse con ello, aunque su dueño no parezca: es sencillamente de su dueño, y si su dueño no parece, es de la autoridad que representa á la sociedad. El que encuentra alguna cosa debe buscar al que la ha perdido y entregársela, y si no le encuentra, entregársela á la autoridad que hará de ella lo que debe hacer, y si no lo hace, eso no es cuenta del que la ha encontrado.

Continuamente estamos oyendo:

—¡Si yo me encontrara un bolsillo de onzas!

O:—¡caramba, yo nunca me he encontrado nada!

O:—á un chico muy dormilon le decia su madre para que se levantara: levántate, hijo, que fulanito por madrugar se ha encontrado un bolsillo de onzas. Y el chico le contestó volviéndose del otro lado:—Más madrugó el que perdió el bolsillo.

Todo esto prueba lo arraigada y generalizada que está la idea de que lo que se encuentra es del que lo encuentra.

Yo, léjos de sentir no haber encontrado nunca un bolsillo de onzas, me alegro de no haberle encontrado, y pido á Dios que no lo encuentre nunca. La razon que tengo para ello es muy concluyente y sencilla : si le hubiese encontrado, no me hubiera

servido de nada porque no era mio, habría tenido que molestarme en buscar á su dueño ó á la autoridad para entregárselo y hubiese pasado un mal rato pensando en los malísimos que pasaria el que había perdido el bolsillo.

Lope de Vega y Alarcon llamaron al vulgo necio y bestia, y juro á briós que se lo llamaron muy bien!

ANTONIO DE TRUEBA.

FRAGMENTOS MORALES.

XLII.

— ¿Tú lloras?— Su historia contóme un men-
Fatal, miserable..... [digo,
— ¿Sonries?.....— Há poco me dijo un amigo
Sa suerte envidiable.
— Feliz tú, que sientes ajenos dolores,
Que tanto compartes ajenos placeres :
La envidia no turba tus sueños mejores
Y el bien de los otros al tuyo prefieres.

XLIII.

La caridad que se ve
Más que honra causa desdoro :
Es..... una joya de oro,
Revestida de dublé.

XLIV.

Nace el niño, y dolorida
Su voz rompe en llanto fuerte,
En el que el pesar se anida.....
Y es que al nacer á la vida
Presiente el niño la muerte.

En la postrera dolencia,
Pronto á terminar su historia,
Sonrie con impaciencia.....

Y es que, al dejar la existencia,
Sueña el hombre con la gloria.

XLV.

Tan libre como el viento
Camina á lo futuro el pensamiento :
Nunca pretendas sujetarle osado,
Si supo aleccionarse en el pasado.

XLVI.

Para no ser borrachos,
No hay más receta
Que examinar en otros
La borrachera.
Para ser generosos
Sin gran esfuerzo,
Meditar lo que sufren
Los avarientos ;
Y para hacer menores
Nuestros quebrantos,
Presenciar los ajenos,
Y consolarlos.
Tengo como infalibles
Estas recetas,
Que escribió la Doctora
Doña Experiencia.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL CARDENAL GIL ALVAREZ CARRILLO DE ALBORNOZ.

Este célebre personaje español, de pro genie real, nació en Cuenca á fines del siglo XIII y estudió en Tolosa. Fué capellan de honor de Alonso XI, despues Arcediano de Calatrava, y últimamente, siendo toda-

vía muy jóven, Arzobispo de Toledo. Acompañó al rey de Castilla en su expedicion contra los moros andaluces, y le salvó de un gran riesgo en la batalla de Tarifa, por cuyo servicio fué armado caballero. Muer-



to Alonso XI, tuvo que expatriarse y refugiarse en Avignon, donde el papa Clemente VI le nombró cardenal y le protegió contra D. Pedro I de Castilla, colérico contra el cardenal por las reprensiones que le habia dirigido por su vida licenciosa y sus amores con doña María de Padilla. Siendo legado general de Inocen-

cio VI en Italia, reclutó un ejército de franceses, húngaros y alemanes, con el cual redujo á la obediencia del Pontífice á las rebeldes provincias de Italia.

Gobernó Carrillo de Albornoz largo tiempo los Estados romanos, dió una constitucion á Bolonia y fundó en dicha poblacion el magnífico co-

legio de los Españoles. Restituido á Roma Urbano V por los esfuerzos del cardenal español, cuéntase que le pidió cuentas en Viterbo del empleo de grandes sumas, á lo cual contestó Albornoz, mostrándole un carro cargado de cerraduras y llaves: «Las sumas que me pedís las he invertido en haceros dueño de las ciu-

dades y castillos cuyas llaves estais viendo.»

El Papa reconoció la justicia de aquella contestacion, y abrazó tiernamente á su legado.

Carrillo de Albornoz murió en Viterbo en 1367, y sus restos fueron trasladados á la capilla mayor de la catedral de Toledo.

LA TORRE DEL DUENDE.

No importa al caso, niños, el nombre de la comarca donde veríais dicha torre, ni el de la provincia de España á que pertenece. Pero sí importa el saber que, hasta hace poco, se encontraba enteramente abandonada entre los escombros de otras torres, que no tuvieron tanta vida por no haberles cabido como á ella la suerte de que un habitador invisible protegiera sus soledades.

Esto, al ménos, contaban los aldeanos de las cercanías, que mejor llamaríamos lejanías, pues los más próximos tenían su vivienda á media legua de la torre. Dominando un paisaje, á cuya extraordinaria belleza nada hubiera concurrido la mano del hombre, á su alrededor crecian las aromadas madre selvas, fraternizando con los ásperos madroños, las negras zarzadoras surgian sobre alfombras de lirios, violetas y margaritas, y centenares de menudas fre-sas se escondian bajo espeso follaje, como corales entre las olas. Por úl-

timo, daban sombra á los mismos escombros las anchas hojas del árbol que produce los higos chumbos, los cuales, en la estacion calorosa, casi dorados por el sol, habrian dicho á los niños ménos golosos «comedme» bien que añadiendo, al mostrarse defendidos por terribles puas, «si podeis.»

Con tales frutas, en abundancia y al alcance del primero que las quisiera, y con numerosos nidos de pájaros en los árboles y en las matas, aquello hubiera sido para vosotros una Jauja verdadera, sobre todo, durante las horas en que os veis libres de la sujecion de la escuela, á no advertiros de antemano los compañeros, que lo sabian por experiencia, que nadie podia tocar impunemente ni á unas ni á otras golosinas, pues aunque ninguno, al parecer, hacia caso de ellas, eran de la exclusiva propiedad del inquilino de la torre, quien las prodigaba sus cuidados, sin necesidad de dejarse ver. Sin embargo,

algunos atrevidos dieron pelos y señales de su catadura; pero tan diversos, que confundirían al ánimo más sereno que tratase de coordinarlos: únicamente convenían en que era un duende, y un duende por demás respetable.

Quién le representaba como enorme mochuelo asomado á una ventana de la torre, y cuyos ojos brillaban como ascuas en la oscuridad de la noche: quién le había visto en la forma de una culebra, cuya longitud no bajaría de dos metros, y que solía enroscarse al tronco de la higuera, — ¡desgraciado el incauto que se acercase entónces á los higos! — cuál otro, sin disminuir sus dimensiones, le vestía con la verde piel del lagarto; cuál, en fin, le encontraría tan feo que el escorpion, á su lado, habría parecido hermoso.

Con estas señas y aún otras más espantables, ya supondréis que vuestros atrevidos compañeros habrían de considerar razonable la distancia de media legua que de la nueva Jauja les separaba, y que las fresas, los madroños, las zarzamoras y los higos chumbos, se pudrirían entre las hojas de puro sazonados, pues no había de ser el duende tan gloton como feo. Sentían mucho no haberlos probado siquiera, pero procuraban consolarse de tan forzosa abstinencia con las frutas que cultivaban sus padres, y que, siendo mucho más sabrosas, no eran tan deseadas como aquéllas, porque ningún duende se las prohibía.

«El miedo guarda la viña» dice el

refran. Hay, no obstante, una cosa contra la cual nada puede el miedo, y es el hambre. Aquellos niños no carecían de lo necesario, atendidos por sus familias: en aquella comarca no se conocían los mendigos, pero en cierta ocasión llegó uno, desgraciado huérfano que mantenía á sus imposibilitados abuelos, acudiendo á la caridad, por no bastarle sus fuerzas de muchacho, casi infantiles; y sin temor á la cólera del guardian, á quien tan pocos habían conseguido ver, hubo de aprovecharse de las silvestres riquezas hasta el punto de poder prescindir de la limosna. Dió principio vendiendo ramos de las flores que allí solían marchitarse, y luégo con el producto compró cestos para recoger las frutas. Vendidas éstas ventajosamente entre los mismos que se asombraban de no haber osado acercarse á ellas, pronto hubieron de producir pan y otros alimentos nutritivos: y no satisfecho todavía de tan prodigiosos resultados, el temerario, previa autorización de la municipalidad respectiva, se instaló con sus abuelos, — ¿dónde diréis? — en la torre, en la misma torre del duende. Allí estaba á cubierto de la intemperie, y resguardado con firmes paredes, no temía al vendaval ni á la lluvia.

El duende había desaparecido. Se le habría tragado la tierra, puesto que no le había visto salir ninguno de los que daban pelos y señales de su catadura.

Aquel duende no existía. Amigos míos: no existen duendes y brujas,

sino en la imaginacion de los niños miedosos é ignorantes, y de los hombres que parecen niños por su ignorancia y credulidad. El carácter se forma; el valor se educa de igual modo que la inteligencia, acostumbrándose á superar los obstáculos, á allanar las dificultades, á luchar con

lo adverso cuando lo adverso no es insuperable, desechando pueriles temores, teniendo en cuenta que la desgracia enseña siempre más que la fortuna; como le enseñó al compañero que habréis envidiado, al penetrar en la torre del duende.

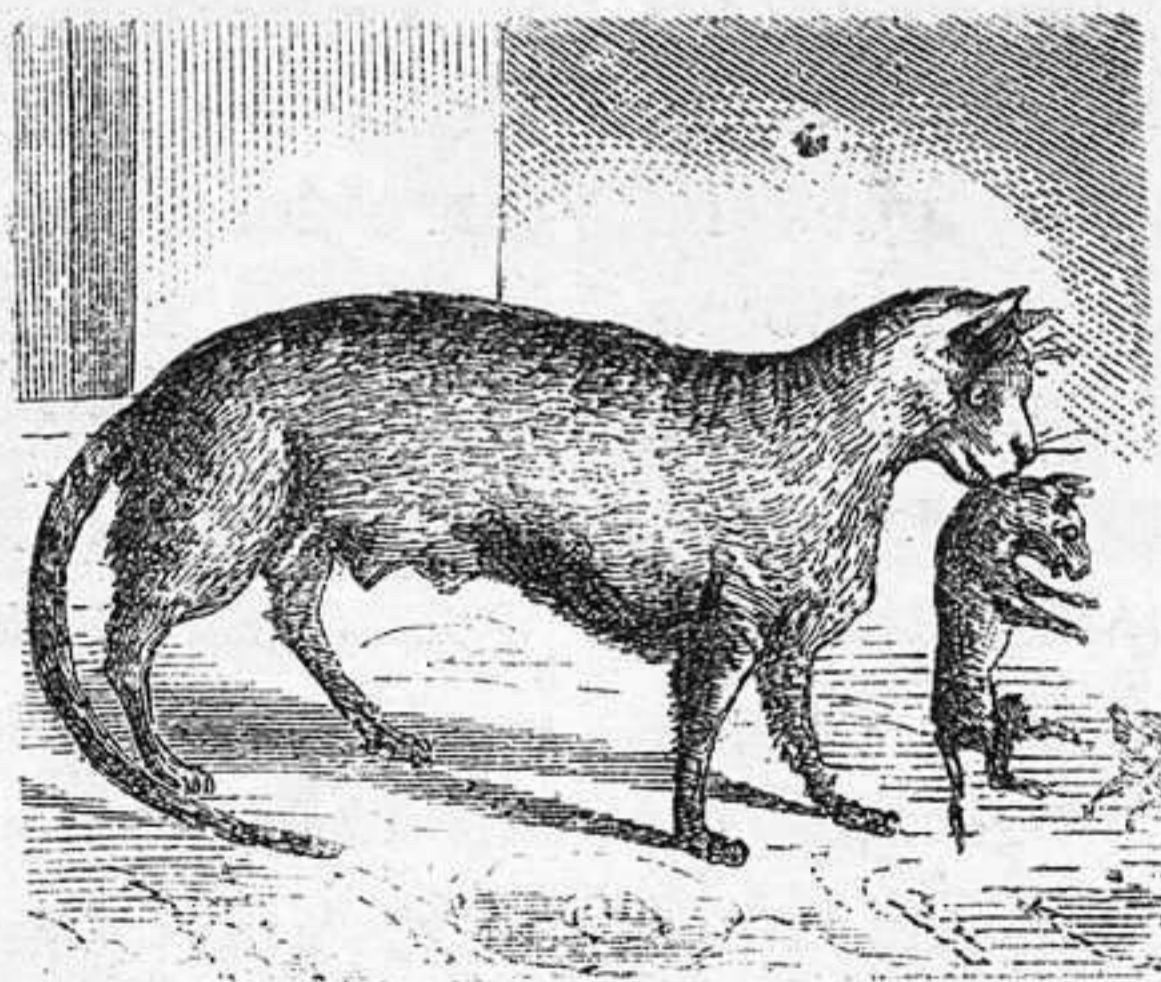
LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

LA ESTATUA DE ORO.

Amásis, meritísima persona,
 Bien que de nada ilustre jerarquía,
 Ganó en Egipto la Real corona,
 Y el buen hombre veía
 Que, por la culpa original, el necio
 Vulgacho le miraba sin aprecio.
 Quísole dar una leccion: tenía,
 Para los piés lavarse cada día,
 Un rollizo barreño de oro puro
 (Una tina más bien, por lo ancho y hondo);
 Y á un artista mandó que le fundiera
 Del deslucido vasijon, oscuro
 De arañarle con rígido estropajo,
 Un arrogante dios, mondo y lirondo.

Se lució el escultor en su trabajo;
 Un ídolo vació resplandeciente,
 Que Amásis colocó donde la gente
 Bien á gusto le viera;
 Y el grande y el pequeño,
 Y egitanas de edad y egitanillas,
 Adoraron la efigie de rodillas.
 « ¡Eh! dijoles el Rey: ¡qué fué barreño! »
 Y replicó la multitud en coro:
 « Aunque fuese bacín: ¿no es pieza de oro?
 Sandio, ¿por qué á D. Blas mérito niegas?
 ¿No es mérito el valor de las talegas? »

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



ESCENAS INFANTILES.



En casa de esa niña, que se llama Dolores, y es muy traviesa, hay un venerable loro anciano que todo lo que hace la niña se lo cuenta á la mamá, porque él sólo es testigo de sus travesurillas, á lo ménos así lo cree ella. Ahora está dormido el loro, y Dolores aprovecha la ocasion para coger una fruta que le gusta mucho, aunque puede que le haga daño, como le sucedió otro dia que tuvo un colicazo como para ella sola. Por fortuna el loro abre el ojo, lo ve la niña, y abandona la fruta, y enseña luégo las manos al loro para que vea que no lleva nada, y no tenga, por consiguiente, motivo de acusarla.



LA VOLUNTAD Y EL TRABAJO.

Todo es dolor en la aldea,
 Porque no llovió en el año,
 Y se perderán los frutos
 Abrasados en el campo.
 Todos lloran y se quejan
 De su destino tirano,

Y allá en sus chozas metidos,
 Allá se están lamentando.

Mariquilla, pobre niña,
 Que sin padres ha quedado,
 Tiene un huerto pequeño,

Donde con grandes trabajos
Cultiva el fruto, que luégo
Le compran en el mercado.
— Mal año para mí, dice,
Si nada en el año gano,
Ó habré de morirme de hambre,
Ó viviré mendigando.
Mas no será, miéntras tenga
Aliento para el trabajo.
Á media legua hay un pozo;
Tengo piés y tengo manos...
No estará sediento el huerto
Que mis padres me han dejado.

Cubo á cubo Mariquilla
Á su huerto el agua trajo;
Si la fatiga fué grande,
Tambien lo fué el bien logrado;
Pues si no cogió cosecha
Tan buena como otros años,
Algo cogió, con que pudo
El tiempo adverso ir pasando.

Y viendo sus convecinos
Que logró tal resultado,
— « Suerte ha sido » — proferian,
Y ella decia :— « ¡ trabajo ! »

FRONTAURA.

SISTEMAS DE CALEFACCION.

La madera, el carbon de madera, el carbon de tierra ó la hulla, la turba: hé aquí las materias que sirven para la calefaccion.

Los bosques son una de las principales riquezas de un país; producen el combustible para la vida de sus habitantes y las piezas de madera necesarias para la construccion de los edificios y de los buques.

Se quema mucha madera, y sin embargo, los bosques no disminuyen en extension. Supongamos un bosque de 100 hectáreas; si cada año se cortan cinco hectáreas, se tardará veinte años en destruir todo el bosque. Al cabo de estos veinte años se podrán cortar de nuevo las cinco primeras hectáreas, que habrán crecido lo suficiente, y se continuará así, de modo que el bosque estará siempre cubierto de leña. Este bosque se llama *soto*, y se dice que está explotado por cortas regulares. No obstante, deben reservarse con cuidado los vástagos más hermosos, más derechos y más sanos, que se llaman *Resalvos*. Algunos bosques privilegiados que envejecen sin cortarlos, llevan el nombre de *bosques bravos*. Los troncos viejos se destinan á la carpinte-

ría y carretería. Se los labra á escuadra en el mismo sitio en que se hallan, ó lo que es lo mismo, se les quita toda la corteza y cierta parte de la primera madera., llamada *albura*. El árbol presenta entónces cuatro caras; esta madera es conocida bajo el nombre de *madera de escuadra*, y si se deja la corteza toma el nombre de *madera sin desbastar*.

Las tablas se sierran cuando son de madera sin desbastar ó de escuadra. En los países montañosos, las cascadas ó corrientes de agua se utilizan para poner las sierras en movimiento; en los países llanos, se usan los molinos de viento ó las máquinas de vapor. Las sierras que se emplean para cortar grandes trozos de madera son circulares, y consisten en chapas redondas de acero guarnecidas de dientes alrededor. Generalmente suelen fijarse várias sierras en un mismo eje, que la máquina hace girar con rapidez. Al mismo tiempo la máquina va empujando poco á poco el trozo de madera, sosteniéndolo cerca de la sierra.

Las tablas de madera blanca, como son el tilo, el álamo, el pino, etc., se emplean para la carpintería. Las

más delgadas y estrechas sirven especialmente para los tejados de pizarra.

Los árboles más hermosos, sobre todo los que presentan curvaturas particulares, se reservan para emplearlos en la marina en la construcción de los buques. Las hojas y ramas menudas se venden en haces por cientos. Las ramas fuertes sirven para las obras de carretería.

El cuerpo del árbol suele cortarse en troncos de un metro cúbico.

La madera para quemar es de tres calidades: la madera ó leña nueva, la leña traída por agua en balsa, y la leña de playa. Estas dos últimas clases de leña llegan á flote á las ciudades donde se emplean. Los leños, atados unos con otros, forman en el agua una balsa que sobrenada por medio de unos toneles llenos de aire. La madera blanca sirve á los tahoneros y á los pasteleros, que necesitan un fuego claro y ligero para calentar los hornos.

La madera llamada descortezada es aquella á la que se quita la corteza para hacer lo que llamamos casca, y que sirve para la preparacion de los curtidos. Cuando esa casca ha servido, se recoge y reúne en baldosas circulares llamadas adobes, y de este modo constituye despues un medio económico de calefacción.

Por último, el serrin tampoco se tira; el más fino se emplea para secar la tinta de un escrito, y el más grueso se quema y produce un cisco excelente.

Cuando se quema madera, los resultados que se obtienen son muy diferentes, segun que la operacion se haga al aire libre ó no. Si la madera está en contacto con el aire mientras se quema, se consume, como sabeis, y no deja más que ceniza. Esta ceniza, que pesa cerca de 2 por

100 de la madera, está formada de potasa, cal y tierra que aquella contenía. La parte principal, el carbon, se encuentra en el humo; pero si se quema madera en un espacio cerrado, al abrigo del aire, se descompone y queda la mayor parte de su carbon, conservando la forma de un trozo de leña. Recógese ademas un líquido acre, la brea, que contiene bastante cantidad de vinagre. Quemando, pues, leña al abrigo del aire es como se obtiene el carbon. Éste es preferible á la madera para el uso de los hornillos, porque no tiene tizos.

Las maderas más duras, como el roble y el haya, producen el mejor carbon; las más tiernas, el tilo y el álamo blanco, dan un carbon más ligero, que sirve para hacer pólvora.

Hé aquí cómo se prepara el carbon en los campos. Se corta leña en trozos de 6 decímetros de largo por 4 ú 8 centímetros de grueso. Se prepara un espacio circular de 4 á 5 metros de diámetro, lo que constituye el área del horno. Se coloca en el centro una fuerte rama, cortada en cruz por un extremo y afilada por el otro, y se ponen horizontalmente en las hendiduras cuatro leños. Enseguida se extiende por la tierra madera blanca, para hacer lo que se llama el pico, y encima se pone leña menuda. Se colocan despues los leños alrededor del que se ha puesto en el centro del área, llenando todo ese primer piso. Sobre éste se coloca un segundo piso, despues un tercero, de modo que el conjunto parezca una cúpula un poco plana. Encima de esto se echa leña menuda, y despues el carbonero cubre todo el hornillo de tierra, excepto algunos centímetros en el fondo y alrededor, para establecer de este modo una corriente de aire.

Despues retira el leño ó madero

del centro, y el hueco que deja sirve de chimenea, en la cual va echando leña muy seca y muy combustible. Prende entónces fuego; un humo espeso empieza á salir bien pronto por debajo, así como por la chimenea, que tapa entónces con césped. Durante la primer noche, el carbonero debe inspeccionar dos ó tres veces su fuego.

El segundo dia tiene ménos trabajo, pero por la noche no debe ya separarse, pues es el momento en que toma mayores proporciones: se quema toda la leña menuda que cubre el carbon, y enseguida el obrero debe añadir gran cantidad de tierra, lo cual se llama *pulimentar el horno*. Al cuarto dia el fuego queda ahogado, y se puede abrir el horno para retirar el carbon.

Preparando de esta manera el carbon, no se recoge la brea que queda con él. Cuando se quiere extraerla se emplea otro procedimiento: se colocan los trozos de madera en grandes cajas de palastro, que tienen pequeñas aberturas por donde debe desprenderse la brea. Se calientan estas cajas quemando leña alrededor; la madera que está dentro no se consume, y produce un carbon ligero y brea, de donde se extrae el vinagre. De este modo nada se pierde.

Otra de las sustancias que sirven para la calefaccion es la hulla.

Se encuentra en ciertos sitios, en las entrañas de la tierra, una materia negra, que es un verdadero carbon natural; generalmente hay que profundizar mucho para sacarle, y enseguida se trasporta á grandes distancias, sin embargo de lo cual se vende más barato que el carbon de madera, y se emplea con preferencia en las fraguas y en las fábricas. La mejor hulla es la que al quemarse se hincha, se reblandece y arde, produciendo ménos ceniza. El calor que desprende es muy intenso, y produce un olor muy desagradable. Las mejores hullas son las de Inglaterra, Lieja, de Mons, d'Aúzin y Saint-Etienne.

En las minas se encuentra la hulla en forma de bancos, acompañados de grasa, piedras calcáreas y otras sustancias. Estos lechos tienen un espesor, que varía entre cinco ó seis centímetros y doce metros; no están colocados horizontalmente, sino que siguen los contornos de las cavidades donde se hallan encerrados. Se cree que la hulla es el producto de los vegetales acumulados hace siglos; generalmente tienen señales de vegetales y mariscos. Hay minas á más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y otras que están algunos centenares de metros bajo este nivel.

TH. LEBRUN.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS.

II.

Un momento, impacientes niños.

Dejadme que coloque sobre la mesa los cartones que he comprado y la cazuela de engrudo, que me está quemando la mano.

Veamos ahora el tablado sin tablas, el futuro escenario del teatro futuro. ¡Admirable! Alguna pequeña irregularidad noto en el cuadrado, y si lo colocásemos sobre una superficie bien tersa, observariamos tal vez un principio de cojera; pero, en fin, eso no lo

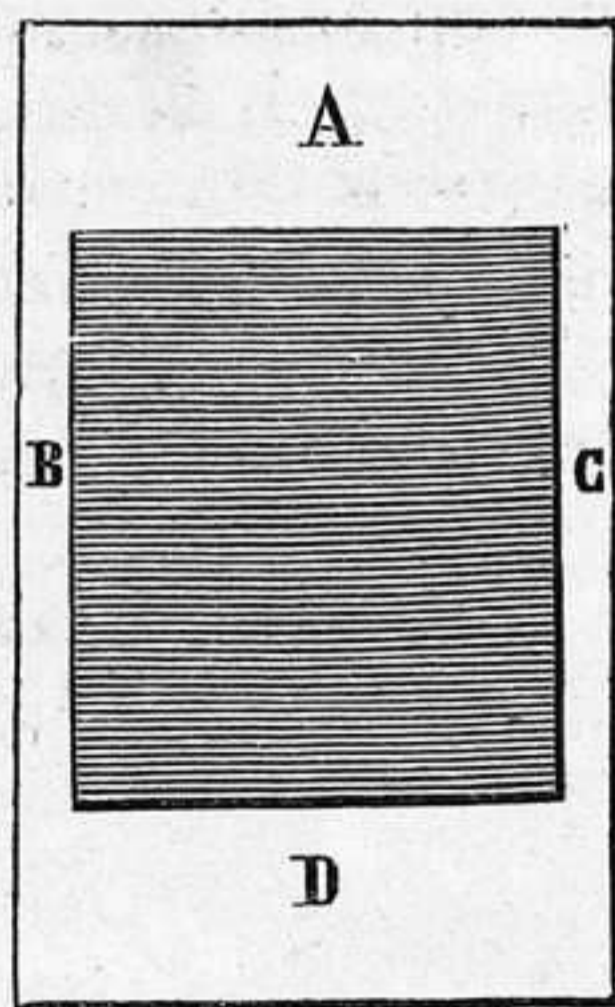
verá el público, y sobre todo, si lo ve, ya comprenderá que no es tan fácil construir un teatro perfecto.

Ahora vamos á continuar nuestra tarea, que por precision tiene que ser muy breve, á causa de que no podemos adelantarnos al litógrafo, que es fácil tarde un mes en entregarnos corriente la embocadura.

Levantemos las paredes laterales del edificio, es decir, tres de las mismas, que son las indispensables: las del fondo y los lados. Yo, sin embargo, preferiria que armáseis por igual los cuatro lados.

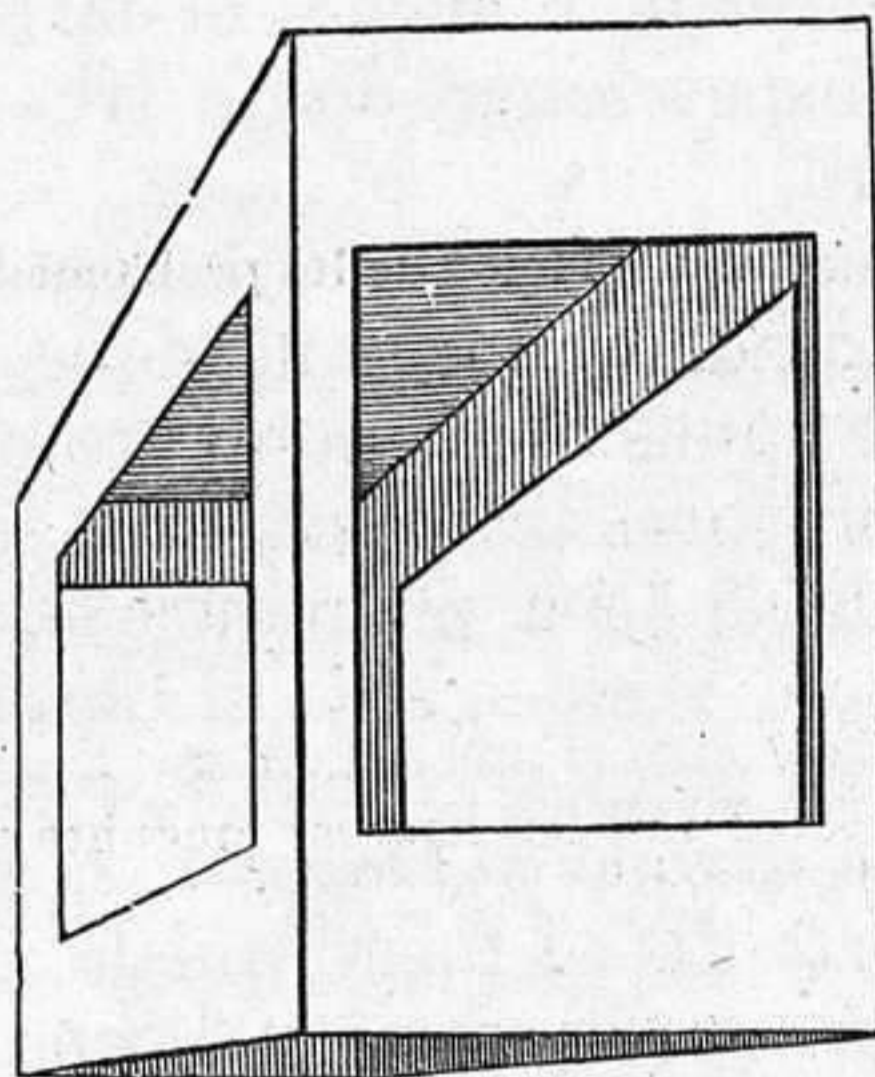
Ya os veo trazando líneas sobre el carton, y con efecto, lo primero que habeis de hacer es cortar tres pedazos de carton, si quereis evitaros algun trabajo, ó cuatro, si quereis hacerlo mejor, cuyo ancho sea idéntico al de los lados del cuadrado ó escenario construido.

La altura queda á vuestro antojo, siempre que el hueco que voy á señalar en el modelo sea próximamente del tamaño del mismo escenario. En una palabra, entre el escenario y las paredes laterales debe existir la misma relacion que entre nuestro modelo de la página 214 y el que veis aquí:



El lado D se pegará á los lados ya existentes ó altura del escenario, por medio del indispensable engrudo y un nuevo forrado de papeles que aumente la consistencia del edificio; el lado A tiene que servir en la izquierda y derecha del teatro para el juego de bastido-

res, y los lados B y C se juntarán en ángulo y recibirán un nuevo baño de engrudo y un nuevo empapelamiento, tanto más recomendable en este caso, cuanto que así lo exigen lo estrecho del liston y el peso que más tarde ha de recibir.



(Aspecto de la armadura.)

Ahora, suponiendo que habréis utilizado periódicos viejos para el forrado, ya que tenemos un edificio consistente, debemos empezar á discurrir respecto á sus condiciones estéticas, y para ello, podemos empezar forrando todo con papel de un mismo color, poco chillon, y que haga desaparecer todos los forros parciales.

Una buena noticia para concluir este artículo: entre los recuerdos artísticos que constituyen mi modesta galería, y conservo cuidadosamente, me acabo de fijar en uno que será de gran valor para nuestro teatro. Es el proyecto de una decoracion de calabozo, que pintó, para el ya derribado teatro de la Cruz, el anciano y respetable profesor de la Escuela de Bellas Artes D. José María Avrial. Su tamaño es precisamente el de nuestro teatro, por lo cual no perderá, al ser reproducido, ninguno de sus detalles.

Y hé aquí que el notable artista Sr. Avrial, distinguidísimo escenógrafo, va á contribuir, sin saberlo, y por un abuso, que no dudo me ha de perdonar, al decorado del famoso teatro, que estamos construyendo, sin la menor subvencion del Tesoro y con el único fin de

haceros agradables las diversiones tranquilas, que han de dejaros de paso alguna instruccion, en lugar de los cardenales que podrian

proporcionaros otros juegos ménos artísticos y sedentarios.

O. y B.

PROBLEMAS.

Vamos á dar la solucion de los problemas publicados en la pág. 255.

36.— Para demostrar la igualdad de las cantidades 157.024, 34.129 y 4.825, no hay más que sumar sus guarismos como si representasen unidades simples, y decir: 1 y 5 seis, y 7 trece, y 2 quince, y 4 diez y nueve. 3 y 4 siete, y 1 ocho, y 2 diez, y 9 diez y nueve. 4 y 8 doce, y 2 catorce, y 5 diez y nueve.

37.— La solucion al problema 37 no es ménos sencilla ¿A cómo van los huevos? pregunta un comprador á la mayor de las hermanas. A cuarto cada siete huevos, responde la vendedora; y el comprador, en vista de la baratura, le toma el mayor número posible, 49 ó, lo que es igual, 7×7 . Pasa á la segunda hermana, y en vista de que siguen los huevos al mismo precio, le compra 7×4 ó, lo que es igual, 28. Llega á la menor, y la compra 7 huevos, únicos que podia vender. Tenemos á la mayor con siete cuartos y un huevo, á la segunda con cuatro cuartos y dos huevos, y á la menor con un cuarto y tres huevos. Despues se encarece el género; las hermanas venden los que les quedaron á tres cuartos cada uno, y se marchan á su casa, habiéndolos vendido al mismo precio y llevando cantidad igual, 10 cuartos.

38.— Para adivinar el número de monedas que tenga una persona, se le hace que lo triplique y diga en seguida si el que resulta es par ó impar. Si fuese par, dígase que tome la mitad, y si impar, que añada uno y tome la mitad. Hecho esto, hágase triplicar la cantidad y del triplé quitar todos los nueves, diciendo cuántos se han quitado. Sabido el número de nueves, calcúlese cada uno por dos unidades, y se añade otra si el primer triplé hubiera sido impar, y resultará el número de Monedas.

Por ejemplo, tiene uno cuatro monedas, cantidad que, triplicada, nos da 12: la mitad de 12 es 6, que, triplicada á su vez, da 18, donde hay dos nueves, que, multiplicados por dos, hacen 4, número que se buscaba.

39.— Para aplicar un carbon encendido sobre un pañuelo, sin quemarlo, no hay más que poner el

lienzo sobre un reloj, muy estirado, y encima la brasa: la tela sólo sirve de conductor durante algun tiempo al calor, que la atraviesa para fijarse en el metal. Para derretir plomo dentro de un papel, se envuelve una bala en un papel muy apretado, y se le suspende con unas pinzas en la llama de una bujía: una vez caliente, el plomo se derrite sin que se quemé más papel que el agujero por donde corre el plomo derretido. Para que un hilo se aplique á una llama sin quemarse, hay que arrollarlo fuertemente al rededor de una llave, y resiste bastante tiempo, pues sólo sirve de conductor del calor.

NIÑOS SUSCRITORES QUE HAN ACERTADO NUESTROS PROBLEMAS.

D. Francisco Sanchez Solá, de Madrid, los números 36, 37, 38 y 39.

D. A. Perez Caruana, de Madrid, el 37.

Doña Pepita de Llano, de Madrid, el 36 y 37.

Doña Agueda de Urrea, de Madrid, el 36, 37, 38 y 39.

D. Felipe Zamarro, de Madrid, el 36.

D. Francisco Ansaldo y Otalora, de Madrid, el 36, 37 y 38.

D. Diego de la Llave, de Barcelona, el 36, 37 y 38.

D. Francisco Figueras, de Barcelona, el 36.

NUEVOS PROBLEMAS.

40.— ¿Cómo partiremos una moneda sin martillo ni lima, ni otro instrumento cortante?

41.— ¿Cómo cogeremos con la mano y sin que se moje una moneda que esté en el fondo de un vaso?

42.— ¿Cómo cortaremos un vidrio con un hilo?

43.— ¿Cómo entraremos un huevo de gallina en una botella de cuello delgado?

44.— A la orilla de un rio se encuentran un lobo, una cabra y una col, y no hay para pasar á la otra orilla más que un barquichuelo, y en el que sólo entran el barquero y uno de los animales ó el vegetal. ¿Cómo los pasaremos para que, viéndose solos, el lobo no se coma á la cabra, ni la cabra á la col?

FIN DEL TOMO IX.





DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NOVENO TOMO.

	Páginas.		Páginas.
Dos palabras.	1	Un libro más.	45
Don Sancho Dávila.	3	No fiarse de apariencias, por Ruiz Aguilera.	46
Fragmentos morales, por Ossorio y Bernard. 6, 59, 85	275	Las plantas, por Thuillier.	49
Cristóbal Colon en Barcelona.	7	D. José Pellicer, por Janer.	53
Escenas infantiles, 9, 24, 25, 48, 56, 57, 73, 89, 104, 105, 121, 128, 165, 196.	280	Malhaya y Malaya, por Hartzenbusch. El domingo por la mañana.	54 55
La historia del cuerpo humano, por Thuillier. 10, 33	86	El zorro y el lobo, por Frontaura.	61
El triunfo de la miseria. 13	27	Las uñas.	62
El amor de los amores.	16	El saboyano y su compañero.	64
La cascada de Aguas-Blancas, por García del Real.	17	Mirar al porvenir.	65
Justas y torneos.	20	Al Ángel de la Guarda, por Repullés. Cárlos Linneo, por Segade Campo- amor. 70, 91	69 102
Los pájaros, por Thuillier.	21	El canto del burro, por Trueba, 75, 94.	106
D. Manuel de Lasala.	29	La leona y la osa, por Frontaura.	80
Ayer y hoy, por Perez de Liébana.	29	Una travesura.	81
Efemérides españolas, 30, 58, 99, 188, 213.	269	Conquista de Sevilla.	84
La pereza.	32	San Juan Bautista.	88
Problemas, 32, 47, 63, 79, 111, 126, 159, 190, 222, 255.	286	El fuego y las chimeneas, por Th. Le- brun.	97
La batalla de Otumba, por Cabiedes.	37	El Divino Pastor.	101
El rey Lear, por Montes.	38	Un sueño, por Planell y Argüelles.	109
Tipos del pueblo español. 40	41	Sentimientos morales, por Pascual, 110, 124.	266
Máximas.	40	El bien futuro, por Ossorio y Bernard.	112

	Páginas.		Páginas.
La montaña de las miserias, por Addison.	113	San Francisco de Paula.	200
La mejor amiga, por la Sra. Sinués de Marco, 117, 140, 171, 184, 206, 218.. . . .	250	Las golondrinas, por Thuillier.	201
El tesoro, por Ossorio y Bernard.	120	San Márcos.. . . .	205
Necesidad del aseo, por Lebrun.	122	Un nuevo templo en Montevideo.. . . .	207
Fábulas, por Miguel (D. R.).	125	La conversion de San Pablo.	215
El reinado de un tuerto, por Trueba, 129, 145, 161, 177, 193, 209, 225, 241.. . . .	257	Santa Ursula, virgen y mártir.	216
El niño y el maestro de escuela, por Ossorio y Bernard.	133	La medicina del perro enfermo, por Lebrun.	217
Un coleccionista de sellos, por Vidal y Valenciano.	134	Instinto de los animales.	223
La mendiga.. . . .	136	San Cipriano y Santa Justina.. . . .	229
La muerte y el prisionero, por Frontaura.	137	Malas mañas.	232
Las pompas de jabon, por Sepúlveda.	144	Verdadera sabiduría.	233
El material de la escuela, por Lebrun, 149.. . . .	166	La aurora boreal, por Thuillier.	234
El hombre y la pulga, por Ossorio y Bernard.	152	Una cruzada infantil.. . . .	237
La separacion de los apóstoles, por Bossuet.	153	El teatro de los niños.. . . . 215, 269	284
Dos historias de lágrimas, por Anguiz.	155	La nodriza negra, por Hartzenbusch.	245
Bibliografía.. . . .	158	La rana y el cuervo.	247
El viejo y los caminantes, por Pravia.	164	Cárlos Broschi.. . . .	248
Los globos, por Ugarte.	168	San Juan de Dios, confesor.	249
Páginas de gloria, por Rico y Amat.	180	El cerro de la ciencia, por Jhon Aikin.	252
Fabulilla, por Guerrero.	184	El ciervo y la parra, por Frontaura.	255
Cuento, por Gaspar.	187	La oracion, por Segade Campoamor.	260
La muerte y el moribundo, por Ossorio y Bernard.	192	El pastor y el rebaño, por Labruyere.	264
La historia de España, por Janer, 197, 230.	246	Las ruinas, por Trueba.	265
La eternidad, por Guerrero.	199	Pensamientos, por Tejada y Alonso Martinez.	268
		Luisa, por Sepúlveda.	271
		Vulgaridades, por Trueba.	273
		El cardenal Gil Álvarez Carrillo de Albornoz.. . . .	276
		La torre del duende, por Garcia del Real.	277
		La estatua de oro, por Hartzenbusch.	279
		La voluntad y el trabajo, por Frontaura.	281
		Sistema de calefaccion, por Th. Lebrun.	282
		Índice.	287

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO IX.



Casa